

De todo el mundo

Número especial, junio 2005.

OFICINA DE INFORMACIÓN DE LA PRELATURA DEL OPUS DEI EN MÉXICO

Extremadura No. 7 • Col. Insurgentes Mixcoac • Del. B. Juárez • 03920 México, D.F. • Tel / Fax: 5563 9548 / 5611 1824 • www.opusdei.org.mx • info@opusdei.org.mx

Benedicto XVI, 264 sucesor de Pedro



FOTOGRAFÍA: AGENCIA EFE.

El martes 19 de abril a las 18:43 hrs., después de aparecer la fumata blanca, el cardenal protodiácono, Jorge Arturo Medina Estévez, dio el anuncio al mundo desde la loggia de la Bendición de la basílica vaticana, con estas palabras:

Annuntio vobis gaudium magnum; habemus Papam: Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum, Dominum Josephum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalem Ratzinger qui sibi nomen imposuit Benedictum XVI.

Os anuncio con gran alegría: tenemos Papa.

El eminentísimo y reverendísimo señor, señor Joseph Cardenal, de la Santa Iglesia Romana, Ratzinger que ha tomado el nombre de Benedicto XVI.

El Santo Padre Benedicto XVI, precedido por la Cruz, se asomó a la *loggia* exterior de la basílica para saludar a la multitud e impartir la bendición apostólica «Urbi et Orbi» (a la ciudad y al mundo).

Antes de la bendición, el nuevo Pontífice dirigió estas palabras a los fieles:

«Queridos hermanos y hermanas: después del gran Papa Juan Pablo II, los cardenales me han

elegido, a mí, un sencillo y humilde obrero de la viña del Señor. Me consuela el hecho de que el Señor sabe trabajar y actuar incluso con herramientas insuficientes y sobre todo me confío a vuestras oraciones. En la alegría del Señor Resucitado, confiados en su ayuda permanente, prosigamos. El Señor nos ayudará y María, su Madre Santísima, estará a nuestro lado. Gracias».

Pido a Dios la unidad y la paz para la familia humana

Mensaje pronunciado por Benedicto XVI al término de la Eucaristía que concelebró junto con el colegio cardenalicio al día siguiente de su elección. En sus palabras, el Papa subrayó especialmente el valor de la Eucaristía y el ecumenismo, y citó a los jóvenes para el Encuentro de Colonia previsto para el mes de agosto.



a pesar de todo. Y lo considero como una gracia especial que me ha obtenido mi venerado predecesor Juan Pablo II. Me parece sentir su mano fuerte que estrecha la mía; me parece ver sus ojos sonrientes y escuchar sus palabras, dirigidas en este momento particularmente a mí: «¡No tengas miedo!».

La muerte del Santo Padre Juan Pablo II y los días sucesivos han sido para la Iglesia y para el mundo entero un tiempo extraordinario de gracia. El gran dolor por su fallecimiento y la sensación de vacío que ha dejado en todos se han mitigado gracias a la acción de Cristo resucitado, que se ha manifestado durante muchos días en la multitudinaria oleada de fe, de amor y de solidaridad espiritual que culminó en sus exequias solemnes.

Venerados hermanos cardenales; amadísimos hermanos y hermanas en Cristo; todos vosotros, hombres y mujeres de buena voluntad:

¡Gracia y paz en abundancia a todos vosotros! En mi espíritu conviven en estos momentos dos sentimientos opuestos. Por una parte, un sentimiento de incapacidad y de turbación humana por la responsabilidad con respecto a la Iglesia universal, como Sucesor del apóstol Pedro en esta Sede de Roma, que ayer me fue confiada. Por otra, siento viva en mí una profunda gratitud a Dios, que, como cantamos en la sagrada liturgia, no abandona nunca a su rebaño, sino que lo conduce a través de las vicisitudes de los tiempos, bajo la guía de los que Él mismo ha escogido como vicarios de su Hijo y ha constituido pastores.

Amadísimos hermanos, esta íntima gratitud por el don de la misericordia divina prevalece en mi corazón,

Podemos decir que el funeral de Juan Pablo II fue una experiencia realmente extraordinaria, en la que, de alguna manera, se percibió el poder de Dios que, a través de su Iglesia, quiere formar con todos los pueblos una gran familia mediante la fuerza unificadora de la Verdad y del Amor. En la hora de la muerte, configurado con su Maestro y Señor, Juan Pablo II coronó su largo y fecundo pontificado, confirmando en la fe al pueblo cristiano, congregándolo en torno a sí y haciendo que toda la familia humana se sintiera más unida. ¿Cómo no sentirse apoyados por este testimonio? ¿Cómo no experimentar el impulso que brota de este acontecimiento de gracia?

¡TÚ ERES PEDRO!

Contra todas mis previsiones, la divina Providencia, a través del voto de los venerados padres cardenales, me ha llamado a suceder a este gran Papa. En estos

momentos vuelvo a pensar en lo que sucedió en la región de Cesarea de Filipo hace dos mil años. Me parece escuchar las palabras de Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», y la solemne afirmación del Señor: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. (...) A ti te daré las llaves del reino de los cielos».

¡Tú eres el Cristo! ¡Tú eres Pedro! Me parece revivir esa misma escena evangélica; yo, Sucesor de Pedro, repito con estremecimiento las estremecedoras palabras del pescador de Galilea y vuelvo a escuchar con íntima emoción la consoladora promesa del divino Maestro. Si es enorme el peso de la responsabilidad que cae sobre mis débiles hombros, sin duda es inmensa la fuerza divina con la que puedo contar: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Al escogermelo como Obispo de Roma, el Señor ha querido que sea su vicario, ha querido que sea la «piedra» en la que todos puedan apoyarse con seguridad. A Él le pido que supla la pobreza de mis fuerzas, para que sea valiente y fiel pastor de su rebaño, siempre dócil a las inspiraciones de su Espíritu.

Me dispongo a iniciar este ministerio peculiar, el ministerio «petrino» al servicio de la Iglesia universal, abandonándome humildemente en las manos de la Providencia de Dios. Ante todo, renuevo a Cristo mi adhesión total y confiada: *In Te, Domine, speravi; non confundar in aeternum!*

A vosotros, venerados hermanos cardenales, con espíritu agradecido por la confianza que me habéis manifestado, os pido que me sostengáis con la oración y con la colaboración constante, activa y sabia. A todos los hermanos en el episcopado les pido también que me acompañen con la oración y con el consejo, para que pueda ser verdaderamente el «Siervo de los siervos de Dios».

Como Pedro y los demás Apóstoles constituyeron por voluntad del Señor un único Colegio apostólico, del mismo modo el Sucesor de Pedro y los obispos, sucesores de los Apóstoles, tienen que estar muy unidos entre sí, como reafirmó con fuerza el Concilio. Esta comunión colegial, aunque sean diversas las responsabilidades y las funciones del Romano Pontífice y de los obispos, está al servicio de la Iglesia y de la unidad en la fe de todos los creyentes, de la que depende en gran medida la eficacia de la acción evangelizadora en el mundo contemporáneo.

Por tanto, quiero proseguir por esta senda, por la que han avanzado mis venerados predecesores, preocupado únicamente de proclamar al mundo entero la presencia viva de Cristo.

Tengo ante mis ojos, en particular, el testimonio del Papa Juan Pablo II. Deja una Iglesia más valiente, más libre, más joven. Una Iglesia que, según su doctrina y su ejemplo, mira con serenidad al pasado y no tiene miedo al futuro. Con el gran jubileo ha entrado en el nuevo milenio, llevando en las manos el Evangelio, aplicado al mundo actual a través de la autorizada relectura del Concilio Vaticano II. El Papa Juan Pablo II presentó con acierto ese concilio como «brújula» para orientarse en el vasto océano del tercer milenio. También en su testamento espiritual anotó: «Estoy convencido de que durante mucho tiempo aún las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado».

Por eso, también yo, al disponerme para el servicio del Sucesor de Pedro, quiero reafirmar con fuerza mi decidida voluntad de proseguir en el compromiso de aplicación del Concilio Vaticano II, a ejemplo de mis predecesores y en continuidad fiel con la tradición de dos mil años de la Iglesia. Este año se celebrará el cuadragésimo aniversario de la clausura de la asamblea conciliar (8 de diciembre de 1965). Los documentos conciliares no han perdido su actualidad con el paso de los años; al contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes ante las nuevas instancias de la Iglesia y de la actual sociedad globalizada.

LA EUCARISTÍA, CORAZÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Mi pontificado inicia, de manera particularmente significativa, mientras la Iglesia vive el Año especial dedicado a la Eucaristía. ¿Cómo no percibir en esta coincidencia providencial un elemento que debe caracterizar el ministerio al que he sido llamado? La Eucaristía, corazón de la vida cristiana y manantial de la misión evangelizadora de la Iglesia, no puede menos de constituir siempre el centro y la fuente del servicio petrino que me ha sido confiado.

La Eucaristía hace presente constantemente a Cristo resucitado, que se sigue entregando a nosotros, llamándonos a participar en la mesa de su Cuerpo y su Sangre. De la comunión plena con Él brota cada uno de los elementos de la vida de la Iglesia, en primer lugar la comunión entre todos los fieles, el compromiso de anuncio y de testimonio del Evangelio, y el ardor de la caridad hacia todos, especialmente hacia los pobres y los pequeños.

Por tanto, en este año se deberá celebrar de un modo singular la solemnidad del *Corpus Christi*. Además, en agosto, la Eucaristía será el centro de la Jornada

mundial de la juventud en Colonia y, en octubre, de la Asamblea ordinaria del Sínodo de los obispos, cuyo tema será: «La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia». Pido a todos que en los próximos meses intensifiquen su amor y su devoción a Jesús Eucaristía y que expresen con valentía y claridad su fe en la presencia real del Señor, sobre todo con celebraciones solemnes y correctas.

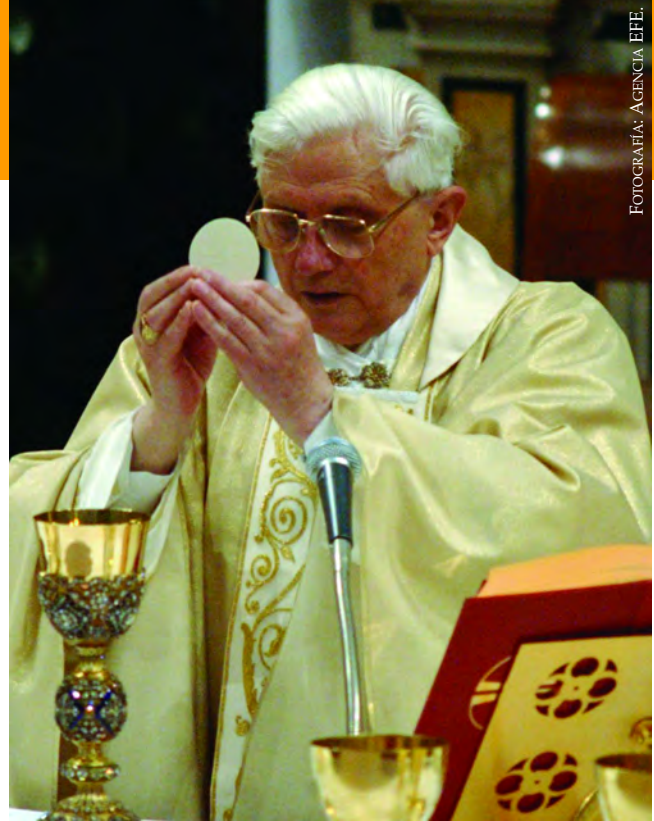
Se lo pido de manera especial a los sacerdotes, en los que pienso en este momento con gran afecto. El sacerdocio ministerial nació en el Cenáculo, junto con la Eucaristía, como tantas veces subrayó mi venerado predecesor Juan Pablo II. «La existencia sacerdotal ha de tener, por un título especial, “forma eucarística”», escribió en su última Carta con ocasión del Jueves Santo. A este objetivo contribuye mucho, ante todo, la devota celebración diaria del sacrificio eucarístico, centro de la vida y de la misión de todo sacerdote.

Alimentados y sostenidos por la Eucaristía, los católicos no pueden menos de sentirse impulsados a la plena unidad que Cristo deseó tan ardientemente en el Cenáculo. El Sucesor de Pedro sabe que tiene que hacerse cargo de modo muy particular de este supremo deseo del divino Maestro, pues a él se le ha confiado la misión de confirmar a los hermanos.

CONVERSIÓN INTERIOR Y ECUMENISMO

Por tanto, con plena conciencia, al inicio de su ministerio en la Iglesia de Roma que Pedro regó con su sangre, su actual Sucesor asume como compromiso prioritario trabajar con el máximo empeño en el restablecimiento de la unidad plena y visible de todos los discípulos de Cristo. Esta es su voluntad y este es su apremiante deber. Es consciente de que para ello no bastan las manifestaciones de buenos sentimientos. Hacen falta gestos concretos que penetren en los espíritus y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el fundamento de todo progreso en el camino del ecumenismo.

El diálogo teológico es muy necesario. También es indispensable investigar las causas históricas de algunas decisiones tomadas en el pasado. Pero lo más urgente es la «purificación de la memoria», tantas veces recordada por Juan Pablo II, la única que puede disponer los espíritus para acoger la verdad plena de Cristo. Ante Él, juez supremo de todo ser vivo, debe ponerse cada uno, consciente de que un día deberá rendirle cuentas de lo que ha hecho u omitido por el gran bien de la unidad plena y visible de todos sus discípulos.



El actual Sucesor de Pedro se deja interpelar en primera persona por esa exigencia y está dispuesto a hacer todo lo posible para promover la causa prioritaria del ecumenismo. Siguiendo las huellas de sus predecesores, está plenamente decidido a impulsar toda iniciativa que pueda parecer oportuna para fomentar los contactos y el entendimiento con los representantes de las diferentes Iglesias y comunidades eclesiales. Más aún, a ellos les dirige, también en esta ocasión, el saludo más cordial en Cristo, único Señor de todos.

En este momento, vuelvo con la memoria a la inolvidable experiencia que hemos vivido todos con ocasión de la muerte y las exequias del llorado Juan Pablo II. En torno a sus restos mortales, depositados en la tierra desnuda, se reunieron jefes de naciones, personas de todas las clases sociales, y especialmente jóvenes, en un inolvidable abrazo de afecto y admiración. El mundo entero con confianza dirigió a él su mirada. A muchos les pareció que esa intensa participación, difundida hasta los confines del planeta por los medios de comunicación social, era como una petición común de ayuda dirigida al Papa por la humanidad actual, que, turbada por incertidumbres y temores, se plantea interrogantes sobre su futuro.

La Iglesia de hoy debe reavivar en sí misma la conciencia de su deber de volver a proponer al mundo la voz de Aquel que dijo: «Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida». Al iniciar su ministerio, el nuevo Papa

sabe que su misión es hacer que resplandezca ante los hombres y las mujeres de hoy la luz de Cristo: no su propia luz, sino la de Cristo.

Con esta conciencia me dirijo a todos, también a los seguidores de otras religiones o a los que simplemente buscan una respuesta al interrogante fundamental de la existencia humana y todavía no la han encontrado. Me dirijo a todos con sencillez y afecto, para asegurarles que la Iglesia quiere seguir manteniendo con ellos un diálogo abierto y sincero, en busca del verdadero bien del hombre y de la sociedad.

Pido a Dios la unidad y la paz para la familia humana y reafirmo la disponibilidad de todos los católicos a colaborar en el auténtico desarrollo social, respetuoso de la dignidad de todo ser humano.

No escatimaré esfuerzos ni empeño para proseguir el prometedor diálogo entablado por mis venerados predecesores con las diferentes culturas, para que de la comprensión recíproca nazcan las condiciones de un futuro mejor para todos.

Pienso de modo especial en los jóvenes. A ellos, que fueron los interlocutores privilegiados del Papa Juan Pablo II, va mi afectuoso abrazo, a la espera de encontrarme con ellos, si Dios quiere, en Colonia, con ocasión de la próxima Jornada mundial de la juventud. Queridos jóvenes, que sois el futuro y la esperanza de la Iglesia y de la humanidad, seguiré dialogando con vosotros, escuchando vuestras expectativas para ayudaros a conocer cada vez con mayor profundidad a Cristo vivo, que es eternamente joven.

Mane nobiscum, Domine! ¡Quédate con nosotros, Señor! Esta invocación, que constituye el tema principal de la carta apostólica de Juan Pablo II para el Año de la Eucaristía, es la oración que brota de modo espontáneo de mi corazón, mientras me dispongo a iniciar el ministerio al que me ha llamado Cristo. Como Pedro, también yo le renuevo mi promesa de fidelidad incondicional. Sólo a Él quiero servir dedicándome totalmente al servicio de su Iglesia.

Para poder cumplir esta promesa, invoco la materna intercesión de María Santísima, en cuyas manos pongo el presente y el futuro de mi persona y de la Iglesia. Que intercedan también con su oración los santos apóstoles Pedro y Pablo y todos los santos. Con estos sentimientos, os imparto mi afectuosa bendición a vosotros, venerados hermanos cardenales, a cada uno de los que participan en este rito y a cuantos lo siguen mediante la televisión y la radio.

Publicado en www.vatican.va, 20/IV/05

Es un momento de grandísima alegría

Declaración de Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, al conocer la elección del Papa Benedicto XVI.

Es un momento de grandísima alegría para toda la Iglesia. Los católicos de todo el mundo agradecen a Dios este don de un nuevo Papa, Benedicto XVI: al Sucesor de Pedro vuelven a dirigir su mirada de hijos, en él encuentran luz y serenidad.

En mi nombre, y seguro de expresar los sentimientos de los hombres y mujeres que componen la Prelatura del Opus Dei, aseguro a Benedicto XVI plena adhesión a su persona y a sus enseñanzas: profunda comunión. El nuevo Papa conoce bien la misión de la Prelatura y sabe que puede contar con el empeño alegre de los sacerdotes y de los laicos que la integran para servir a la Iglesia, que era la única ambición de san Josemaría Escrivá de Balaguer. Junto a la adhesión, deseo transmitirle también mi profundo afecto filial, que se une a la oración y al cariño de todos los fieles del Opus Dei.

En estos días de espera confiada, se ha hablado mucho acerca de la elevada responsabilidad del Romano Pontífice, de la necesidad que la Iglesia tiene de su ministerio, del peso de la tarea que reposa sobre sus hombros. Todo eso es cierto, pero estamos comprobando también en estas horas que el Papa, además de con la ayuda de Dios, cuenta con la oración y el afecto de todos los católicos y de muchísimas otras personas de buena voluntad.

Las circunstancias que han rodeado el fallecimiento de Juan Pablo II y la elección de Benedicto XVI han sido una manifestación imponente de fe por parte de millones de personas y una impresionante expresión de unidad: en la tristeza primero, por la ausencia del queridísimo Juan Pablo II, y en la alegría después por el don de un nuevo Papa. ¡Que Juan Pablo II proteja a su sucesor en este tiempo de nueva primavera!

Pienso, además, es obvio decirlo, en la maravillosa continuidad de la Iglesia, que ha quedado bien de manifiesto con el júbilo del Pueblo de Dios ante la elección del nuevo Sucesor de Pedro.

Publicado en www.opusdei.org, 19/IV/05

¡Todos, con Pedro, a Jesús por María!

*Textos de san Josemaría Escrivá de Balaguer,
fundador del Opus Dei.*

Gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón.

Camino, 573

Tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa. Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre.

Forja, 135

Católico, Apostólico, ¡Romano! —Me gusta que seas muy romano. Y que tengas deseos de hacer tu «romería», «videre Petrum», para ver a Pedro.

Camino, 520

Para tantos momentos de la historia, que el diablo se encarga de repetir, me parecía una consideración muy acertada aquella que me escribías sobre lealtad: «llevo todo el día en el corazón, en la cabeza y en los labios una jaculatoria: ¡Roma!».

Surco, 344

Cada día has de crecer en lealtad a la Iglesia, al Papa, a la Santa Sede... Con un amor siempre más ¡teológico!

Surco, 353

Acoge la palabra del Papa, con una adhesión religiosa, humilde, interna y eficaz: ¡hazle eco!

Forja, 133



SAN JOSEMARÍA
ESCRIVÁ DE BALAGUER
CON EL PAPA PAULO VI
EN LA INAUGURACIÓN
DEL CENTRO ELIS
(OBRA CORPORATIVA
DEL OPUS DEI), EL 21
DE NOVIEMBRE DE 1965,
EN ROMA.



SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ Y MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO, SU PRIMER SUCESOR, AL FINALIZAR UNA AUDIENCIA CON EL BEATO JUAN XXIII EN EL VATICANO, EL 5 DE MARZO DE 1960.

Que la consideración diaria del duro peso que grava sobre el Papa y sobre los obispos, te urja a venerarles, a quererles con verdadero afecto, a ayudarles con tu oración.

Forja, 136

La fidelidad al Romano Pontífice implica una obligación clara y determinada: la de conocer el pensamiento del Papa, manifestado en Encíclicas o en otros documentos, haciendo cuanto esté de nuestra parte para que todos los católicos atiendan al magisterio del Padre Santo, y acomoden a esas enseñanzas su actuación en la vida.

Forja, 633

Nuestra Santa Madre la Iglesia, en magnífica extensión de amor, va esparciendo la semilla del Evangelio por todo el mundo. Desde Roma a la periferia.

Al colaborar tú en esa expansión, por el orbe entero, lleva la periferia al Papa, para que la tierra toda sea un solo rebaño y un solo Pastor: ¡un solo apostolado!

Forja, 638

Ofrece la oración, la expiación y la acción por esta finalidad: «ut sint unum!» —para que todos los cristianos tengamos una misma voluntad, un mismo corazón, un mismo espíritu: para que «omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!» —que todos, bien unidos al Papa, vayamos a Jesús, por María.

Forja, 647

María edifica continuamente la Iglesia, la aúna, la mantiene compacta. Es difícil tener una auténtica devoción a la Virgen, y no sentirse más vinculados a los demás miembros del Cuerpo Místico, más unidos también a su cabeza visible, el Papa. Por eso me gusta repetir: *omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!*, ¡todos, con Pedro, a Jesús por María! Y, al reconocernos parte de la Iglesia e invitados a sentirnos hermanos en la fe, descubrimos con mayor hondura la fraternidad que nos une a la humanidad entera: porque la Iglesia ha sido enviada por Cristo a todas las gentes y a todos los pueblos.

Es Cristo que Pasa, 139

Esta Iglesia Católica es romana. Yo saboreo esta palabra: ¡romana! Me siento romano, porque romano quiere decir universal, católico; porque me lleva a querer tiernamente al Papa, *il dolce Cristo in terra* como gustaba repetir Santa Catalina de Siena, a quien tengo por amiga amadísima.

Amar a la Iglesia, 28

Contribuimos a hacer más evidente esa apostolicidad, a los ojos de todos, manifestando con exquisita fidelidad la unión con el Papa, que es unión con Pedro. El amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo.

Amar a la Iglesia, 30

¡Hasta pronto!



JUAN PABLO II
18/V/1920 - 2/IV/2005

Juan Pablo II, un Papa mexicano

*Reflexión del Cardenal Norberto Rivera Carrera,
Arzobispo Primado de México*

México, como ningún otro país, debe tener en su corazón al Papa Juan Pablo II. México, que en sus calles y plazas aclamó al Pontífice con una mezcla de júbilo y lágrimas. México, quien con el corazón en la mano le dijo: «Tú eres mexicano».

Juan Pablo II besó el suelo de nuestra patria y desde ese primer momento, nos abrió su corazón. Juan Pablo II encomendó su pontificado a la Virgen de Guadalupe y a ella, como a nadie, tuvo en su mente y predicación al encomendarle la evangelización del continente americano.

En cinco ocasiones lo tuvimos como huésped distinguido. Recorrió varios estados de la República Mexicana; se reunió con indígenas, personas privadas de su libertad, enfermos, padres de familia, intelectuales, académicos, literatos, jóvenes, estudiantes y políticos. Juan Pablo II se entregó a todos, buscando la unión de todos.

Durante el Jubileo del año 2000, el Papa concedió un día especial para celebrar con México la canonización de Cristóbal Magallanes y sus 24 compañeros mártires, María de Jesús Sacramentado Venegas y el Padre Yermo y Parres. Luego, en el corazón espiritual de nuestro país, elevó a los altares a San Juan Diego y beatificó a los dos fiscales indígenas mártires de Cajonos, Oaxaca.

México reza por Juan Pablo II. México llora por Juan Pablo II. Durante su pontificado, tuvieron lugar importantes reformas constitucionales por parte del Estado mexicano que permitieron a todas



las iglesias tener una personalidad jurídica. Durante su pontificado, tuvo el cuidado al designar como nuncios apostólicos a los mejores hombres de la Santa Sede. Durante su pontificado, los mexicanos nos unimos en la fe para afrontar tiempos difíciles siguiendo su ejemplo de fortaleza y constancia.

Juan Pablo II siempre tuvo en su mente y en su corazón cada rincón de nuestra patria y las necesidades de los fieles, y preocupado por la mejor funcionalidad de nuestra Santa Iglesia, nombró a dignos pastores sobre prelaturas, obispados y arzobispados.

En el mes de octubre, ya no pudo visitarnos una vez más como

él hubiera querido, con motivo del Congreso Eucarístico Internacional que tuvo lugar en Guadalajara, Jalisco, y cuya consecuencia aún se extiende durante todo el presente año que fue declarado como el Año de la Eucaristía, mismo que enriqueció con un gran regalo para toda la humanidad: la indulgencia plenaria.

Hace pocos días, Juan Pablo II mostró una vez más su amor a la humanidad al confirmar que cualquier suma económica que se recaudara por la venta de su más reciente libro: «Memoria e Identidad», sería destinada a obras personales de caridad. Este amor fue fundado en su personalidad por gracia del Espíritu, que le permitió vivir las crisis más severas del siglo XX, para de ellas aprender en carne propia sobre el dolor y miserias humanas, y ser ejemplo de consuelo; fue perseguido, y siempre dio aliento a los perseguidos; sufrió un atentado y fue ejemplo de perdón, sufrió enfermedad y fue modelo de entereza.

No dejemos en el aire, en los recuerdos y quimeras todas sus enseñanzas. Ahora, más que nunca, debemos tener presentes sus palabras cuando se despidió de México parafraseando el Evangelio: «Me voy pero me quedo hasta el final de los tiempos»; ahora, más que siempre, debemos sentir que está con nosotros el Papa Amigo, el poeta y literato, el pastor incansable, el peregrino del mundo, el Vicario de Cristo.

*Publicado en
www.cem.org.mx, 2/IV/05*

En la casa del Padre

Por Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei

Juan Pablo II nos ha hablado de muchas maneras. Con encíclicas, homilías, discursos, cartas y libros. De palabra, por escrito, con imágenes. Ha empleado también el lenguaje de los símbolos, con gestos elocuentes, cargados de sentido. Todas esas acciones brotaban del fondo de un alma íntimamente unida a Jesucristo y por eso llevaban consigo la fuerza comunicativa de la Palabra de Dios.



MONS. JAVIER ECHEVARRÍA.

Estos pensamientos venían a mi cabeza con vigor repetitivo en la noche del sábado 2 de abril. Me parecía que toda la jornada era un sucederse de signos de penetrante elocuencia. Por la mañana nos llegaron las palabras entrecortadas que dirigía a los jóvenes, su último mensaje: «Os he buscado, ahora venís junto a mí y os doy las gracias». Como se dijo en algunos de los programas de televisión en Italia, el 2 de abril ha sido una improvisada e imprevista «jornada mundial de la juventud». Ya por la noche, 100 mil personas rezaban a la Virgen por el Papa, mientras espiraba. La Virgen acogía benévola-mente la oración de los hijos por su padre. «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte». Parece que Juan Pablo II falleció al terminar las oraciones de la Plaza, y que el «Amén» fue su palabra de adiós. Antes, a las ocho, Mons. Estanislao Dziwisz celebró la Santa Misa del Domingo de la Misericordia. ¿Hay alguna palabra más consoladora que podamos pronunciar junto al lecho de muerte de una persona amada? La Misericordia de Dios Padre, que siempre te ha acompañado, te espera en el Cielo, morada definitiva del Amor.

Ante mis ojos, la jornada del 2 de abril aparecía densa de simbolismo, coincidencias imposibles de prever, imposibles de organizar. Sólo la Providencia de Dios, rico en misericordia, puede reunir la oración de miles de hijos por su padre, ante la Virgen María, en vísperas de la fiesta universal de la Misericordia.

Todas esas circunstancias nos interpelan, no sólo con el lenguaje de las palabras, tampoco con la expresividad de las emociones, sino con la belleza de los símbolos, que imprimen una huella indeleble en el alma. La liturgia que se celebrará en las exequias de Juan Pablo II trae a nuestros labios una hermosa oración, en el prefacio de la misa de difuntos, que nos confirma en «la esperanza de nuestra feliz resurrección». ¡Con qué claridad siente ahora la Iglesia que, «aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad!» ¡Qué natural nos resulta imaginarnos al Papa en la presencia de la Trinidad Santísima, vivo ya para siempre, porque sabemos que «la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo»!



S.S. JUAN PABLO II
CON MONS. JAVIER
ECHEVARRÍA, PRELADO
DEL OPUS DEI.

Juan Pablo II se ha caracterizado por sus muchas cualidades y facetas, y no faltarán en estas horas quienes enaltezcan su papel en la historia de la Iglesia y de la humanidad, sus virtudes humanas y sobrenaturales, sus talentos. Para mí —como para innumerables hombres y mujeres en todo el mundo—, el Papa ha sido, antes que nada, un padre. En su persona hemos experimentado de modo muy intenso que la Iglesia está unida por los lazos de comunión propios de una familia; que el Papa es un padre para los católicos de los más diversos países, que es principio y fundamento de unidad en la Iglesia, fuente de fraternidad entre todos los hombres, promotor de la paz.

Me atrevería a decir que Juan Pablo II ha representado de modo excelso el papel principal de su vida, el papel de padre, la función de vicario de Cristo. Imagen, con toda su personalidad; y símbolo vivo entre nosotros. Ojalá sepamos entender y secundar todo lo que Dios nos pide, de modo tan claro y cercano, y acertemos a hacer de la Iglesia, como Juan Pablo II nos ha reclamado, «casa y escuela de la comunión».

Se acumulan hoy los motivos de agradecimiento. A Dios por el don de este Papa. A Juan Pablo II por su fidelidad fuerte y dulce; a tantas personas —eminentes o desconocidas— que han sido sus colaboradores en estos casi veintisiete años; especialmente a quienes le han cuidado con amor filial hasta el último momento: a Mons. Dziwisz —don Estanislao—, fiel asistente de toda una vida; a esas religiosas cuyos nombres no aparecen en los periódicos; a Polonia, que ha regalado

a la Iglesia este hijo ilustre; a los médicos; a los periodistas que nos están contando, con emoción compartida, estos momentos difíciles y únicos... No hay espacio aquí para una lista, pero es de justicia expresar al menos de modo genérico la gratitud de los hijos de la Iglesia hacia aquellas personas que han estado siempre cerca y han servido fielmente a este siervo bueno y leal que el Señor ha recibido con un abrazo en el Cielo.

Juan Pablo II ha repetido con frecuencia, también cuando le pedían que no se gastara tanto físicamente, estas palabras: «después de un Papa viene otro». Pienso que esa expresión manifestaba su conciencia de estar de paso en este mundo, como todos, pero también su certeza de no haber sido puesto por el Espíritu Santo en la sede de Pedro para ser aclamado como hombre, sino para esforzarse en que los hombres aclamen a Dios.

En estos días los católicos rezamos ya por el próximo Papa, sea quien sea. Ya le queremos con toda el alma, aun antes de conocerlo. Y rogamos a nuestro queridísimo Juan Pablo II que interceda ante Dios por su sucesor. Me vienen a la memoria unas palabras de san Josemaría Escrivá de Balaguer: «Para tantos momentos de la historia, me parecía una consideración muy acertada aquella que me escribías sobre la lealtad: llevo todo el día en el corazón, en la cabeza y en los labios una jaculatoria: ¡Roma!». Un nombre de ciudad, una oración, un lazo de unión para todos los católicos, para todos los hombres de buena voluntad.

*Publicado en «El Universal»,
Ciudad de México, 4/IV/05*

Constructores de una nueva cultura

En su último mensaje a los participantes del UNIV, Juan Pablo II animó a los jóvenes a renovar el lenguaje de la música para que sea arte y no sólo ruido.

Reunidos en el Aula Pablo VI del Vaticano, cuatro mil universitarios escucharon el mensaje que el Papa dirigió a los participantes en la 38ª edición del encuentro UNIV, cuyo tema de estudio fue «Proyectar la cultura: el lenguaje de la música». El mensaje del Papa, leído por el arzobispo Mons. Leonardo Sandri, Sustituto de la Secretaría de Estado, fue escuchado en un clima de intensa unión con el Santo Padre. Mons. Javier Echevarría, Prelado del Opus Dei, estuvo presente en el acto.

«La música, como todos los lenguajes artísticos —escribe el Santo Padre en el mensaje—, acerca al ser humano a Dios. Pero, al mismo tiempo, el arte puede transmitir a veces un concepto del ser humano, del amor, de la felicidad, que no corresponde a la verdad del designio de Dios». Juan Pablo II continúa: «os toca a vosotros, queridísimos jóve-



JUAN PABLO II EN EL CONGRESO UNIV DE 1980.

nes, renovar los lenguajes del arte y de la cultura y ser valientes para no aceptar comportamientos y diversiones caracterizados por los excesos y el ruido».

Como es recordado en las muchas actividades de formación promovidas por la Prelatura del Opus Dei bajo la guía del Obispo Prelado —escribe el Santo Padre—, «la vocación de los fieles laicos es la santidad, animando cristianamente las realidades temporales». Juan Pablo II escribe: «También para vosotros, queridos estudiantes y profesores universitarios, como le gustaba repetir a san Josemaría, el trabajo y el estudio deben ser una “continua oración, con las mismas palabras entraña-

bles, pero cada día con música distinta. Es misión muy nuestra transformar la prosa de esta vida en endecasílabos, en poesía heroica”».

El mensaje del Papa concluye así: «Que María Santísima os ayude a encontrar a su Hijo Jesús en la liturgia de esta Semana Santa, y en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. La Virgen Madre de Dios, Mujer Eucarística, conduzca a cada uno de vosotros al encuentro con Cristo». El mensaje completo de Juan Pablo II está disponible en www.vatican.va

Minutos antes de la lectura del mensaje del Papa, los jóvenes asistieron a la proyección de la filmación del encuentro que tuvo Juan



S.S. JUAN PABLO II SALUDANDO A LOS PARTICIPANTES DEL CONGRESO UNIV EN EL AULA PAULO VI.

culturales que tienen lugar en varios puntos de Roma: conferencias, coloquios, exposiciones, debates, grupos de estudio, mesas redondas. La lista de temas de las 37 ediciones precedentes y más información general se puede encontrar en www.icu.it/univ

Pablo II con los participantes en el UNIV de 1985.

En su breve discurso, la presidenta del UNIV 2005, la keniana Jennifer Wamuyu Gitahi, abogada de la High Court de Kenia, afirmó: «Nos hemos propuesto llevar a todos los jóvenes de nuestra edad la alegría y la sonrisa del Papa, tal como de nuevo lo hemos visto con conmoción en las imágenes del UNIV de hace veinte años, cuando muchos de nosotros aún éramos niños». Y añadió: «Queremos ser su voz, para ofrecer a miles de amigos nuestros, en la universidad, en la escuela y en todas partes, el estímulo a no tener miedo de buscar el rostro de Cristo».

¿QUÉ ES EL UNIV?

Los encuentros UNIV, organizados por el *Istituto per la Cooperazione Universitaria* (ICU), nacieron en 1968 con la inspiración y el aliento de san Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei. Desde entonces, los

participantes han sido recibidos todos los años por el Pontífice, primero Pablo VI, después Juan Pablo II.

Los participantes, estudiantes universitarios procedentes de treinta universidades italianas y más de doscientas de todo el mundo, reflexionan durante una semana sobre el tema propuesto por el ICU con ocasión de diferentes actividades

La Prelatura del Opus Dei organiza actividades de formación cristiana como complemento al programa general. El encuentro UNIV constituye también una oportunidad de conocer la ciudad de Roma siguiendo las huellas de la historia de la Iglesia desde sus primeros siglos.

Publicado en www.opusdei.org.mx, 21/III/05



JUAN PABLO II CON UNA PARTICIPANTE DEL CONGRESO UNIV DE 1989.

Nuestro Papa, *pastor y padre*

Testimonios con motivo del fallecimiento de S.S. Juan Pablo II

Universitarios gritones

Querido Santo Padre:

Sabemos que estás en el Cielo. Tu vida santa ha repercutido en todo el mundo y tu primer milagro es lograr que tanta gente estemos rezando desde los últimos días de tu vida. Tu parecido con la vida de nuestro Señor es evidente: tuviste tu vida pública, tu pasión y ahora esa resurrección gloriosa gozando de Dios en el Cielo. Te queremos.

Sabes, en 1981, estuve contigo en Roma en el *cortile* de San Dámaso, con aquellos universitarios gritones de 400 universidades del mundo que reunió el UNIV. Estuve durante más de una hora a un metro de ti, enfrente de ti y pude besarte la mano derecha (la del anillo), te dije que era del Opus Dei, y me bendijiste en la frente haciéndome luego un cariño en la nariz.



Sabes, ha sido el momento que más me he emocionado en la vida: ¡no daba crédito! Siempre hemos estado al pendiente de ti, por la Iglesia Universal y por tu sucesor. ¡Alabanza a Dios porque ya te tiene con Él!

H. C., México, 8 de abril de 2005

Mensajeros de esperanza

Espero que esta Pascua pueda ser tiempo de resurrección para todos los seres humanos. Que sea signo de renacimiento de todo lo que a lo largo de la vida tendemos a olvidar: amor, paz, esperanza, generosidad, gratitud, donación al prójimo...

Infelizmente perdemos nuestro Papa, pastor y padre; pero, por encima de todo, tenemos que considerarle como gran hijo de Dios que cumplió su proyecto.

Confieso que, al ver a Juan Pablo II, pude sentir su lado más que humano: donación, cooperación, diálogo, pero sin olvidar sus flaquezas, sus dolores y sus momentos de tristeza.

Rezo para que en este momento en que el mundo acompaña atento una nueva etapa de la Iglesia, todos podamos ser agentes de paz, mensajeros de esperanza y continuadores del amor.

Que Nuestra Señora Madre de Dios pueda interceder por el Papa en el cielo.

Que el Espíritu Santo pueda derramar sus dones sobre nuestros cardenales que estarán indicando un nuevo hombre como nuestro padre espiritual.

Que Dios pueda siempre acogernos con los brazos abiertos. Amén.

T. C., Brasil, 5 de abril de 2004

Encuentros que marcaron mi vida

La edad que ilusiona más en la vida y que está llena de proyectos es la juventud y fue a los ocho años cuando conocí a una persona que me ayudó a definir mi proyecto de vida. Esa tarde estaba con mi familia sobre la acera de una de las avenidas más transitadas de Guadalajara para ver pasar a Juan Pablo II en su trayecto hacia la Basílica de Nuestra Señora de Zapopan. Cientos de familias vecinas a ese lugar se habían congregado también; la espera duró más de cuatro horas, pero valió la pena, aunque fuera para ver, por unos cuantos segundos, pasar el autobús descapotado que transportaba al Papa.

Años más tarde —en mayo de 1990—, ese encuentro se repitió, ahora con motivo de la segunda visita de Su Santidad a nuestro país. El lugar fue la jornada con los jóvenes —cerca de un millón— en San Juan de los Lagos. A partir de este momento, nació en mí el deseo de «seguir la huella del Papa» a lo largo del mundo.

En 1993 como universitario y en 1997 como profesor, asistí al Congreso Internacional UNIV en Roma que tuvo lugar en Semana Santa; ahí pude conocer la sede de Pedro y tuvimos una semana muy especial compartiendo con el Papa los oficios y otras actividades de carácter cultural e intelectual.

En 1998 tuve la oportunidad de estar en uno de los momentos más impactantes de mi vida: la visita de Juan Pablo II a la isla de Cuba. En compañía de varios alumnos universitarios compartimos la alegría del pueblo cubano de recibir al Papa.



Luego siguieron los viajes cuarto y quinto del Papa a México que también fueron muy significativos. Varios de mis alumnos y familiares fueron acercándose más a Dios a raíz de estos encuentros.

Regresé a Roma en octubre del 2002 y en Semana Santa de 2004 —también con varios alumnos— para mostrarle nuestro agradecimiento y cariño al Santo Padre.

Definitivamente todos esos encuentros —que no fueron pocos— marcaron mi vida y la de muchas personas queridas y cercanas a mí. Ahora que este gran hombre se ha marchado a la casa de Dios Padre es poco el agradecimiento que se le pueda brindar en unas cuantas líneas, ojalá lo podamos hacer con obras y con el apoyo que tanto requiere Benedicto XVI.

J. Ch., México, 24 de abril de 2005



¡Hasta pronto!

Vivir buscando la santidad

El Opus Dei es, para Juan Pablo II, una «nueva propuesta de santificación y de apostolado, mediante el ejercicio del ordinario trabajo profesional». Recogemos breves párrafos de algunos discursos en los que el Papa describió el mensaje del Opus Dei.

Me es bien conocida la vasta difusión de la Obra creada y dirigida después durante largos años, con la ayuda de Dios, por Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer, y quiero rendir honor al compromiso de santidad y de testimonio evangélico que irradia, tanto mediante el trato personal como por medio de múltiples iniciativas de promoción social entre los hombres de nuestro tiempo.

Carta a Mons. Álvaro del Portillo, noviembre de 1978

Realmente es un gran ideal el vuestro, que desde los comienzos se ha anticipado a la teología del laicado, que caracterizó después a la Iglesia del Concilio y del posconcilio. Tal es el mensaje y la espiritualidad del Opus Dei: vivir unidos a Dios en medio del mundo, en cualquier situación, cada uno luchando para ser mejor con la ayuda de la gracia, y dando a conocer a Jesucristo con el testimonio de la propia vida. ¿Hay algo más bello y más apasionante que este ideal? Vosotros, insertos y mezclados en esta humanidad alegre y dolorosa, queréis

amarla, iluminarla, salvarla. ¡Benditos seáis y siempre animosos en este vuestro intento!

Audiencia en Castelgandolfo a fieles del Opus Dei, agosto de 1979

Con sobrenatural intuición, el Beato Josemaría predicó incansablemente la llamada universal a la santidad y al apostolado. Cristo convoca a todos a santificarse en la realidad de la vida cotidiana; por ello, el trabajo es también medio de santificación personal y de apostolado cuando se vive en unión con Jesucristo, pues el Hijo de Dios, al encarnarse, se ha unido en cierto modo a toda la realidad del hombre y a toda la creación (cfr. *Dominum et vivificantem*, 50).

Homilía en la Misa de beatificación de Josemaría Escrivá (17/V/1992)

(...) Elevar el mundo hacia Dios y transformarlo desde dentro: he aquí el ideal que el santo Fundador os indica, queridos hermanos y hermanas que hoy os alegráis por su elevación a la gloria de los altares. Él continúa recordándoos la necesidad de no dejaros atemorizar ante una cultura materialista, que amenaza con disolver la identidad más genuina de los discípulos de Cristo. Le gustaba reiterar con vigor que la fe cristiana se opone al conformismo y a la inercia interior.

Siguiendo sus huellas, difundid en la sociedad, sin distinción de raza, clase, cultura o edad, la conciencia de que todos estamos llamados a la santidad. Esforzaos por ser santos vosotros mismos en primer lugar, cultivando un estilo evangélico de humildad y servicio, de abandono en la Providencia y de escucha constante de la voz del Espíritu. De este modo, seréis «sal de la tierra» (cfr. Mt 5, 13) y brillará «vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16).

Homilía en la Misa de canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer (6/X/2002)

Publicado en www.opusdei.org, 5/VIII/04



ORDENACIÓN EPISCOPAL DE MONS. ÁLVARO DEL PORTILLO, PRIMER PRELADO DEL OPUS DEI, EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO, EL 6 DE ENERO DE 1991.

Lo invitamos a suscribirse al servicio de novedades vía Internet en: www.opusdei.org.mx